



a l'ombra de l'alzina
a la sombra de la encina
à l'ombre du chêne
all'ombra della quercia
Magdalena Aulina

15-03-2026

“Mi muy amado hermano en el Señor: De rodillas ante mi Jesús, mi Madre y nuestra querida hermana Gema, te escribo esta carta.

Esta mañana, mi Amor ha entrado en mi miserable corazón, donde le he hablado de todas tus cosas, ofreciéndote todo el tesoro divino que en el caudal del Sacramento Eucarístico encierra nuestro amor. [...]

No debe asustarte ni entristecerte lo que el Señor Dios quiere hacer contigo.

Pues ahora piensa en la bondad de todo un Dios, el amor tan grande de María junto con el cariño de predestinación de alma tan grande como Gema, que se goza en serte hermana. ¡Ah, José María, hermano mío! Adelante, nada temas.

Contando con la bondad divina, sólo falta tu entrega. Esta entrega, hermano mío muy amado, creo haber entendido, esta mañana, que debe ser toda de María, o sea, que el domingo, día 26, hagas primero una consagración a María, nuestra tierna Madre.

En esta consagración que te pongo, hermanito mío, has de tener toda la fe de que en nada te ha de complicar tu vida exterior. [...]

Prepara tu corazón para el domingo con gran fe y gran amor [...]

Arriba, hermano mío, nada has de temer; fíjate en estas dos palabras: “todo lo puedes, y nada absolutamente puedes.” Lo puedes todo, y lo podrás todo si tus facultades no quieren moverse en nada del camino del Amor en que Jesús te quiere. Nada podrás, hermano mío, cuando tú dispongas de tus cosas; [...] Se gasta el tiempo en contentar; se buscan los resultados [...]

Fe viva, José María, quiere Jesús; que tu hablar, que tus obras, estén llenas de santo amor, de ardiente fe. [...]

Pues nada más hemos de querer todos que Jesús sea más conocido y más amado.

Cuánto te agradezco, José María, tu gran ayuda por ésta, tu pequeña hermana. Jesús te lo pagará grandemente.

Ayúdame mucho a ser más buena cada día, hermano mío; tengo en mi corazón un ardiente deseo de serlo de veras; y al fin poder alcanzar la suspirada conversión de mi alma en la entrega absoluta a mi Amor, tan amado.

Saludos a papás y a nuestras hermanas, [...]

Tu más pequeña hermana en Jesús, María y Gema,

Magdalena de J[esús]., M[aría]. y G[ema]”.

José María Boada Flaquer, a quien Magdalena dirigió su carta del 24 de enero de 1930, era un abogado, primogénito de Tomás de Aquino Boada Borrell. Nacido en 1892, había participado con gran fervor en los Ejercicios Espirituales celebrados en noviembre de 1926. Cuando Magdalena entró en la casa de los Boada el 16 de octubre de 1929, José María ocupaba el cargo de secretario general de los Ejercicios Parroquiales. Su hermano Tomás escribió que “su atención e interés en todo lo concerniente a Magdalena eran extraordinarios. Siempre estaba dispuesto a reflexionar sobre sus ideas, sus objetivos y, sobre todo, sobre la brillante y providencial concepción de su Obra”. Dotado de inteligencia, elegancia y simpatía, aportó una notable contribución a la obra de Magdalena. Lamentablemente, la mayoría de sus escritos se perdieron durante el saqueo de la guerra civil.

Magdalena se había “ofrecido” personalmente al Sagrado Corazón de Jesús el 15 de febrero de 1918. El 6 de octubre de 1922, había ofrecido al Señor “el holocausto universal de su existencia como víctima de expiación”. El 8 de diciembre de 1922, hizo voto de pureza, castidad y virginidad de cuerpo y de alma para toda su vida. El 16 de julio de 1923, hizo voto de pobreza, castidad y obediencia perpetua.

En su carta de enero de 1930 –en la que se revela una intensa maternidad espiritual– Magdalena propone a José María la consagración de “su alma y su corazón” a la Virgen María, “nuestra tierna Madre”. Lo invita a prepararse con profunda fe y gran amor para que Jesús, María y Gemma puedan encontrar en su corazón todo lo que desean: su abandono confiado a su Amor.

Lo anima asegurándole que no tiene nada que temer: todo lo puede, siempre que permanezca en el camino del Amor que Jesús le muestra; y esta consagración no obstaculizará de ningún modo su vida “exterior”, profesional.

De esta carta surge la maternidad espiritual y, al mismo tiempo, la firmeza de la dirección espiritual de Magdalena, que no admite compromisos cuando se trata de la autenticidad cristiana y de la fidelidad al Evangelio.

Y junto a esta fuerza brilla su humildad sincera y desarmante, que la hace sentir como una “hermana pequeña”, necesitada de conversión y deseosa de ser ayudada a ser cada vez mejor.

Se nota también la delicadeza de su corazón: un alma cariñosa, atenta, capaz de abrazar a todos con cariño.

En estas palabras a José María, como en tantas otras, se reconoce uno de los rasgos más bellos de la espiritualidad de Magdalena, sencilla y profunda, que une la firmeza del Amor que llama a la santidad con la ternura del Amor que eleva, consuela y acompaña.

